

Ya esto les permitió hacer señales á los de Monjuich de que iban á enviarles socorro; y así fué que sin dejar de hacer su artillería acertadísimos disparos que diezmaban nuestros escuadrones, escogieron dentro de la ciudad dos mil mosqueteros de los más hábiles y robustos, los cuales salieron animosos por el camino cubierto que iba al fuerte. Al mismo tiempo también los marinos de la ribera desembarcando al pie de Monjuich comenzaron á trepar resueltamente en auxilio de los catalanes de arriba. Las fuerzas castellanas que atacaban la fortaleza retrocedían unas veces y avanzaban otras, llegando algunas hasta tocar las mismas trincheras. A este tiempo divisaron los de dentro la gente de socorro que les iba de la ribera y de la ciudad. Alentados con esto, saltaron algunos del fortín espada en mano, y hasta un padre capuchino que llevaba en ella un crucifijo, gritando: «*Ea, catalanes, esta es la hora de volver por la honra de Dios ultrajado y de Cataluña ofendida*». Cuando llegó Torrecusa con su reserva, persuadido de que iba á tomar el fuerte y á hacer resonar el grito de victoria, quedóse sorprendido al encontrar los soldados huyendo, los capitanes descorazonados, y todo en confusión. Con su ejemplo y con su voz les volvió el aliento el de Torrecusa, y logró que con él se acercaran á las fortificaciones, bien que un artillero catalán disparando con el mayor acierto un pedrero aclaró horriblemente las filas de nuestros soldados. Falta-

ban escalas para el asalto, imprevision que no se podía esperar en el de Torrecusa, y enviolas á pedir al de Xeli, encargándole al propio tiempo que continuara batiendo la ciudad. Pero antes que las escalas llegaran, entraron en la fortaleza los catalanes de la ciudad y ribera, y juntos todos arremetían y disparaban con tal furor, que desde entonces todo fué estrago para nuestra gente, muriendo los mejores y más atrevidos capitanes, entre ellos los dos Fajardos, sobrinos del general; y observándolo todo el marqués de los Velez, revolvía ya en su imaginación los más tristes presagios acerca del éxito de la empresa.

A las tres de la tarde el estruendo continuado del mosquete y del cañon retumbaba á un tiempo en derredor de la ciudad y en la altura de Monjuich. Aquí los castellanos, cansados ya de no adelantar nada, murmuraban del general que se empeñaba todavía en llevarlos inútilmente á la muerte, y deseaban un pretexto para retirarse y salvar las vidas. Vínoles pronto la ocasión, puesto que cogiéndolos así dispuestos una impetuosa salida de los catalanes del fuerte, apoderóse de ellos tal pánico, que revolviéndose los escuadrones primeros, y comenzando á bajar desordenadamente la falda atropellaban á los que estaban después de ellos; creyéndose estos arrollados por todas las fuerzas enemigas juntas, arrojaban las armas y se despeñaban por barrancos, zanjas y malezas, sin que nadie oyera las voces con que sus oficiales se esforza-

ban por animarlos y contenerlos. En este desorden, los enemigos cobrando audacia los acosaban con espadas, chuzos, hachas, alfanges y todo género de armas. Mucha sangre castellana regó las colinas de Monjuich en esta retirada vergonzosa, pereciendo muchos hombres de honor arrastrados y atropellados por los cobardes. Las banderas de Castilla, antes victoriosas, andaban pisoteadas por el suelo. El de Torrecusa, que fatalmente supo á este tiempo la muerte de su hijo el de San Jorge, afectado de una y de otra desgracia se dejó dominar de la amargura, se despojó de sus insignias militares, y se redujo á la soledad sin querer ver ni oír á nadie <sup>(1)</sup>. En vista de esto el de los Velez encomendó á Garay la dirección de las tropas que habia tenido Torrecusa.

Los escritores catalanes testigos de aquellos sucesos se entusiasman describiendo el ardor patriótico que todas las clases de la población mostraban en la ciudad, el valor, el arrojo y la diligencia hasta de las mugeres y los niños en llevar á los de las murallas municiones, cuerdas, provisiones, medicinas y todo género de socorro, pidiendo para ellos por las casas y calles las que no tenían, y enviándoles hasta las monjas desde sus conventos bizcochos y confituras, al tiempo que otras rogaban á Dios en los templos por

(1) Cuando el de Torrecusa vió á su hijo enfrascado en la pelea en medio de la ladera de la montaña, alzó la voz y le dijo:

«Ea, Carlos María, morir ó vencer; Dios y tu honra.» Palabras dignas de un gran guerrero.—Melo, Historia, libro V.

el triunfo de la causa de Cataluña. Algunas mugeres andaban vestidas de soldados con espadas y puñales, y algunas hubo que voluntariamente acompañaron á los que fueron desde la ciudad á Monjuich. Pero nada de esto maravilla al que conozca el ardor con que los catalanes han defendido siempre las causas que ellos toman como nacionales, porque interesan al Principado <sup>(1)</sup>.

Trabajo costó á Garay, encargado ya del mando, rehacer los escuadrones, porque el miedo, el aturdimiento y el disgusto habian hecho á los soldados sordos á las voces y á las exhortaciones de sus gefes. Al fin consiguió reorganizar del mejor modo posible el destrozado ejército. Juntáronse entonces los cabos en consejo para determinar lo conveniente en estado tan lamentable. Mudo permaneció el de los Velez que le presidia, preocupado todo en considerar su desgracia y la de tan brillante ejército. Acordaron pues todos, y él no se opuso, volverse á Tarragona, y antes de la luz del nuevo día emprendieron precipitadamente su marcha, temiendo que los acosáran los catalanes. Llegaron no obstante sin ser por nadie molestados, y desde aquella ciudad informó el de los Velez al rey del infortunio, pidiendo su retiro. Fuéle concedido, y

(1) Melo, Historia de los movimientos, separación y guerra de Cataluña, lib. V.—Zarroca, Narració breu de tots los successos.—Sala, Epítome de los principios y progresos de las guerras de Cataluña.—Soto y Aguilar, Epítome de los sucesos del reinado de Felipe IV.

se nombró en su lugar al virey de Valencia, Fadrique Colona, condestable de Nápoles y príncipe de Butera <sup>(1)</sup>.

Tal y tan desventurada fué la famosa jornada de Barcelona, hecha por el marqués de los Velez con el ejército mas florido que pudo reunirse en España entonces, y despues de haber vencido á los catalanes en todos los puntos en que habian hecho resistencia. En ella se perdieron dos de los mas esclarecidos generales, con multitud de oficiales valerosos; once banderas de Castilla fueron depositadas en la sala de la diputación de Barcelona, sin otras que los particulares

(1) Aquí termina el elocuente historiador don Francisco Manuel de Melo su luminosa y apreciable Historia de la separacion y guerra de Cataluña. Dignas de transcribirse nos parecen las últimas palabras de este distinguido escritor. «Marchó el infelz ejército (dice) con tales pasos, que bien informaban del temeroso espíritu que lo movia: caminó en dos dias desengañado, lo que en veinte habia pisado soberbio: atravesó los pasos con temor, pero sin resistencia: entró en Tarragona con lágrimas, fué recibido con desconsuelo: donde el Velez, dando aviso al rey católico, pidió por merced lo que podia temer como castigo. Excusóse de aquel puesto, y lo excusó su rey..... No pararon aquí los sucesos y ruinas de las armas del rey Felipe en Cataluña, reservadas quizá á mayor escritor, asi como ellas fueron mayores. A mí me basta haber referido con ver-

dad y llaneza como testigo de vista estos primeros casos, donde los principes pueden aprender á moderar sus afectos, y todo el mundo enseñanza para sus acontecimientos.»

Tambien son notables algunas palabras del escritor catalan que compendia los sucesos, al hablar del Estado de Monjuich. «En Monjuich nos veyá sino morts, sanch, armas, y lo fou de maravellar es, que en las faltriqueras del morts se trobaban sardinas, arengadas, bacallar, farina, blat, y otras cosas. La reputació que han perdut las armas de Castella las nacions ho dirán, puix afrontosamente fugiren tants mil á seiscientos catalans; pero sent cosa de Deu, mes poch podian vencer..... Fan los catalans en Barcelona una solemnísima procesió á la Verge y Martyr Patrona Santa Eularia, ab la solemnitat que lo dia del Corpus.»

recogieron, y ofrecieron á diferentes santuarios y que entre todas hacen algunos subir á diez y nueve. Déjase comprender con cuánto júbilo se celebraria en Barcelona la derrota del ejército castellano, á la cual llegaron tarde los refuerzos que á los catalanes les venian de Tarrasa y los que descendian de las inmediatas cordilleras. La gente devota atribuyó este triunfo á la proteccion de Santa Eulalia y Santa Madrona, y los templos resonaron con las fiestas solemnes que se celebraron en accion de gracias á estas santas patronas.

Llegó á Barcelona, de paso para Roma, á tiempo de felicitar á los catalanes por su gran triunfo, don Ignacio Mascareñas, embajador del nuevo rey de Portugal, quien á nombre de su monarca ofreció á la ciudad y al Principado la amistad y ayuda de aquel reino, levantado contra Castilla por causas algo parecidas á las que Cataluña habia tenido.

A poco tiempo recibieron el Principado y la diputacion diferentes cartas del monarca francés (febrero y marzo, 1641), que todos aguardaban ya con ansiedad, manifestando que aceptaba con agrado y como gran merced su determinacion, y que para arreglar los pactos y condiciones entre ambos pueblos daba ámplios poderes, como representante de su persona, á Mr. de Argenzon, gran político, y sugeto de aventajadas cualidades. A su entrada en Barcelona salieron á recibirle los nobles don Pedro Aymerich y don

Ramon de Guimerá <sup>(1)</sup>. Y cuando Barcelona agasajaba al representante de Luis XIII. de Francia, Felipe IV. de Castilla comunicaba á la diputacion y consejeres el nombramiento de lugarteniente general que habia hecho en el príncipe de Butera, encargando que le obedeciesen y respetasen como á su propia persona. Singular candidez, que ni siquiera mereció contestacion, ni de la diputacion ni de los consellers <sup>(2)</sup>.

La retirada del ejército real á Tarragona habia sido á tiempo, porque á mediados del mes siguiente comenzaron ya á entrar en el Principado cuerpos considerables de tropas francesas, y el 20 del mismo mes (febrero) entró en Barcelona su general en jefe Houdencourt, conde de la Motte. Aparecióse no mucho despues en las costas de Cataluña el belicoso arzobispo de Burdeos con una flota de doce galeras y veinte naves, y despues de haber apresado, supónese que por infidencia de los marineros, las que Juanetín Doria enviaba con municiones y víveres á la plaza de Rosas, corrióse á las aguas de Tarragona. A principios de abril movióse el de la Motte en direccion de la misma ciudad con nueve mil infantes y dos mil quinientos caballos, la mayor parte franceses, con mas el tercio

(1) Habia muerto ya (20 de febrero) el diputado eclesiástico don Pablo Claris, de quien los escritores catalanes hacen grandes elogios, y á quien consideran como uno de los mas fogosos patricios, y como uno de los libertadores de Cataluña. Aplicáronle el siguiente

lema: «*Sibi nullus, omnibus omnino fecit*: Nada para sí, todo para todos.» En su lugar se nombró diputado por el brazo eclesiástico á don José Soler, canónigo tambien de Urgel.

(2) Don Jaime Tío: Continuacion de la Historia de Melo, lib. VI.

de Santa Eulalia, que mandaba el conseller tercero don Pedro Juan Rossell. La guarnicion de Valls, que podia haberles hecho alguna resistencia, se retiró al acercarse conforme á órden que de su general tenia. Asi pronto se vió el de la Motte dueño de casi todo el campo de Tarragona sin disparar un tiro. La guarnicion del castillo de Constanti, compuesta de trescientos hombres, se entregó cobardemente al francés tan pronto como se aproximó á la villa. Rindióse igualmente Salou; y viéndose el francés dueño de toda la comarca, y teniendo enfrente la escuadra del arzobispo de Burdeos, quiso apoderarse de la plaza de Tarragona; mas no contando ni con la artillería ni con las fuerzas suficientes para atacarla, propúsose reducirla por hambre, á cuyo efecto acuarteló sus tropas en los pueblos del contorno, quedando asi cerrada la ciudad por mar y por tierra. Por mas que el arzobispo no aprobaba esta determinacion, que podia acaso comprometer la flota si era acometida por la de España, recibió órden de Richelieu para que cerrara estrechamente la boca del puerto, y asi tuvo que ejecutarlo.

No dió pruebas de muy hábil el nuevo general en lo de estarse quieto y dejarse encerrar en la plaza de Tarragona, pues aunque el ejército habia quedado reducido á menos de las dos terceras partes, aun se componia de cerca de catorce mil hombres, superior en número al del conde de la Motte, y mas que sufi-

ciente para detenerle y quebrantarle; y no que dió lugar á que aquel enseñoreára el campo de Tarragona y tuviera tiempo para fortificar los pasos entre aquella ciudad y la frontera de Aragon. Asi fué que no tardó en verse en los mayores apuros; y por otra parte el cardenal de Richelieu no se descuidaba en imposibilitar á los de Tarragona todo auxilio de los del Rosellon, enviando á esta provincia otro ejército de ocho mil infantes y mil caballos al mando de Condé, que no tardó en rendir la plaza de Elna, interceptar la comunicacion de Perpiñan con Colibre, y dejar espedito á las tropas de Francia el camino de Cataluña. Y entretanto un representante de la córte de París en Barcelona exigia de la diputacion á nombre del rey cristianísimo, que fortificára las plazas, pagára puntualmente las guarniciones, aumentára los sueldos de los franceses, y tuviera siempre en pie un cuerpo permanente de seis mil catalanes, que no pudiera nunca deshacerse y retirarse á su casa como los de las levas y cofradías. La Francia exigia ya y obraba como soberana del Principado.

Solo por mar podia ser socorrida Tarragona, y asi lo comprendió el ministro Olivares despachando las órdenes mas terminantes y precisas al marqués de Villafranca que mandaba las galeras de la costa de Valencia. Vencidas algunas dificultades por parte de éste y del virey de Valencia marqués de Leganés, presentóse al fin el de Villafranca con su flota delante

de Tarragona (4 de julio, 1644). Superior su escuadra á la del arzobispo de Burdeos, abrióse ésta en dos alas dejando ancho paso á las galeras del marqués de las cuales penetraron las mas en el puerto, pero quedando otras fuera, porque la armada francesa empezaba á plegar sus alas acercándose cuanto pudo al muelle, y haciendo un fuego continuado y vivísimo inutilizó ó incendió algunos bergantines y una gran parte de las provisiones que acababa de dejar el de Villafranca: de modo que al poco tiempo se hallaron los de Tarragona en los mismos apuros y aun en mayor miseria que antes. Sin embargo, á los pocos dias logró el de Villafranca introducir los socorros en Tarragona, muy acosada ya del hambre.

Empeñada la córte, y en verdad en ello iba ya la suerte de España, en sostener y salvar á Tarragona, determinó hacer un esfuerzo extraordinario para socorrerla. Mandóse reunir una armada poderosa, compuesta de todas las naves que llevaban bandera española; y en su consecuencia se reunieron las galeras de Dunkerque, las de Nápoles, las de Génova, Toscana y Mallorca, al mando de los duques de Fernandina y Maqueda con las del marqués de Villafranca, y las velas de toda la escuadra reunida se dejaron ver el 30 de agosto á la altura de Tarragona. Vióse pues el prelado de Burdeos obligado á retirarse y á huir á toda vela á la costa de Provenza. La plaza quedó socorrida sin obstáculo y el ejército francés-catalan le-

vantó el sitio, si bien á la córte le quedó el sentimiento de que no se hubiera obligado al arzobispo á entrar en combate; mientras por otro lado los catalanes acusaron al arzobispo de haberse dejado sorprender; Richelieu le hizo tambien cargos por su conducta, y resentido y quejoso el prelado de ver cuán mal se apreciaban sus servicios, se retiró haciendo dimision de su empleo <sup>(1)</sup>.

Por su parte el de la Motte y el conseller tercero, abrumados de pesar por la escasez de gente y de recursos, por la incapacidad de los soldados de las últimas levadas y el estrago que en los veteranos habian hecho las enfermedades, pidieron con instancia al consejo y diputacion de Barcelona que enviáran una embajada especial al rey Luis, para que informándole del verdadero estado de las cosas y del desconuelo de los catalanes, le suplicára en nombre del pais les acudiera con prontos y eficaces socorros por mar y tierra, y le invitára á que viniese él mismo á visitar el Principado y á prestar el juramento como soberano de Cataluña, con lo cual calmaria la efervescencia de los ánimos y se acrecentaría el amor que ya le tenian aquellos naturales. Accedió á ello la diputacion y fué encomendada esta delicada mision á don José de Margarit, llevando los pactos y condiciones bajo las cua-

(1) Hist. du ministere du Cardinal de Richelieu.—Limiers, Histoire du regne de Louis XIV. lib. I.—Tió: Continuacion de Me-

lo, lib. VI.—Dietarios de Barcelona.—Soto y Aguilar, Epítome de las cosas sucedidas, etc., ad ann.

les le prestaban vasallage los catalanes. La guerra de los Países Bajos en que se hallaba á la sazón empuñado Luis XIII no le permitió venir en persona á prestar el juramento, y vióse precisado á dar sus poderes para ello al marqués de Brezé, mariscal de Francia, persona muy calificada, y nombrado recientemente virey de Cataluña, Por lo demás las condiciones y pactos que le presentaron los catalanes fueron aceptados por el rey Luis con cortas modificaciones en algunas de sus cláusulas <sup>(1)</sup>.

(1) Las principales condiciones de este célebre convenio eran las siguientes: Que S. M. observará y hará observar los usages, constituciones, capítulos y actos de córte, y los demás derechos municipales, concordias, pragmáticas, y otras cualesquiera disposiciones que se hallen en el volumen de sus constituciones, etc.—Que los arzobispados, obispados, abadías, dignidades y otros beneficios eclesiásticos, seculares y regulares, serán presentados en catalanes.—Que el Tribunal de la Inquisicion conservará en Cataluña solamente el conocimiento de las causas de fé, y que los inquisidores y sus oficiales serán catalanes.—Que el rey jurará por sí y sus sucesores no pretender, demandar ni exigir en ningun tiempo de la ciudad de Barcelona, ni de las demás villas y lugares del Principado, y condados de Rosellon y Cerdaña, otras alcabalas é impuestos sobre el vino, carne y otros artículos, que los que la ciudad y las universidades hubieren establecido para subvenir á sus necesidades, etc.—Que S. M. prometerá conservar á los conselle-

res de la ciudad de Barcelona la prerogativa de cubrirse delante del rey y cualesquiera personas reales, segun tienen de costumbre.—Que jurará guardar y hacer guardar los capítulos y actos de córte de la Generalidad de Cataluña y casa de la diputacion.—Que los oficios de los capitanes de los castillos, alcaides y gobernadores de las fortalezas, y todos los oficios de justicia se darán á catalanes que lo sean verdaderamente y no á otros.—Que el Principado de Cataluña y condados de Rosellon y Cerdaña serán regidos por un virey y lugarteniente general de S. M., que elegirá y nombrará de sus reinos.—Que los alojamientos de los soldados, aunque sean auxiliares, se harán por los cónsules ó jurados de las universidades, y que los particulares no están obligados á dar, ni los gefes, capitanes y soldados les puedan exigir otra cosa sino la sal, vinagre, fuego, cama, etc.—Que S. M. no separará de la corona real de Francia el Principado de Cataluña y condados de Rosellon y Cerdaña, en todo ni en parte, por ninguna causa ni razon, y

Es fama haber ocurrido en esta embajada otro incidente, de que sentimos á fuer de buenos españoles haber de dar cuenta. Refiérese que no contento el embajador catalan con los socorros que el rey de Francia y sus ministros le ofrecieron, en una conferencia particular con Richelieu le persuadió de lo ventajoso que sería á la Francia adquirir un territorio tan estenso y de tanta costa como el principado de Cataluña y los condados de Cerdaña y Rosellon, que le abriría la puerta para la conquista de toda la Península, porque desde Lerida podria llevar fácilmente sus ejércitos hasta Madrid, y acabar de una vez con una potencia de quien tantos daños habia recibido. Increible nos parece que á tal extremo pudiera conducir á ningun hombre el resentimiento y el deseo de la venganza. Pero añádese haber respondido el cardenal que por lo mismo que estaba persuadido de ello, intentaba arro-

que mientras sea rey de Francia será siempre conde de Barcelona, Rosellon y Cerdaña.—Que el Principado y condados, en lugar de las convocaciones de *Somatent general, Host y Cavalcada*, y de la que había en virtud del usage: *Princeps namque*, servirán con un batallon de cinco mil infantes y quinientos caballos, pagados, armados y municionados á costa de la provincia, los cuales servirán en ella, y no fuera, siempre que haya necesidad, etc.—Que en cuanto á los gastos que se han de hacer en la provincia por razon de fortificaciones, paga y sueldo de los soldados franceses, ó de otra nacion, que no sean catala-

nes, se tratará en las primeras córtes general, etc.

El texto de este importantísimo documento, en dialecto catalan, se inserta como apéndice en la continuacion de la Historia de la revolucion de Cataluña de Melo, bajo el epigrafe: *Los pactes y condicions ab que los braços generals del Principat de Catalunya, tinguts á 23 de janer prop passat posaren lo Principat y Comptats del Rosselló y Cerdanya, á la obediencia del cristianissim rey de França, los quals se han de posar en lo jurament que su Magestad, y los successors han de prestar en lo principi de sou govern.*

jar á los españoles de Perpiñan y dejar espedito el camino de Barcelona. «Pero temo, añadió el astuto ministro, que los catalanes se cansen de las incomodidades de la guerra, y al cabo vengan á reconciliarse con su rey, haciendo inútiles todos nuestros esfuerzos.» Replicóle Margarit que si la Francia no faltaba á lo convenido, tan seguro estaba de que los catalanes cumplirían su palabra, que no tendria inconveniente en entregarle sus propios hijos en rehenes. «Pues bien, contestó el cardenal, yo daré la ley á España, y os haré ver que sé aprovecharme de las facilidades que me proporciona la provincia de Cataluña.»

No necesitaba el ministro de Luis XIII. jurar lo que decia para ser creído: con ese designio habia obrado ya antes, y los ofrecimientos de los comisionados no podian hacer sino confirmarle en él. Desde luego resolvió enviar mas fuerzas al Rosellon, y que el mismo monarca y él irían allá, volviéndose el de Condé á París para gobernar la ciudad en ausencia del rey. Nombró generales del ejército del Rosellon á los mariscales Schomberg y la Meylleraie, y el marqués de Brezé mandaria una numerosa flota para disputar á los españoles el dominio del mar. Tales fueron los planes que el de Richelieu manifestó para alentar y mantener devotos á su partido los catalanes.

Detenido el de Brezé en el Rosellon, á fin de impedir que cinco ó seis mil castellanos que estaban en Colibre fuesen en socorro de Perpiñan, y con el deseo